



VAMPIRA BUSCA MAYORDOMO

Jorge Figueras Sierra

VAMPIRA BUSCA MAYORDOMO



Primera edición: abril de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jorge Figueras Sierra

ISBN: 978-84-18250-67-5

ISBN digital: 978-84-18250-68-2

Depósito legal: M-9277-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Capítulo 1

Buscando mayordomo

George expiró su último aliento, contaba con más de ochenta años y había llegado su hora, a su lado los hermanos Alexander y Kaira le daban su último adiós.

—Siempre fue un mayordomo muy fiel —dijo Kaira entre lágrimas.

—Tienes razón hermana, la lástima es que se haya ido tan pronto —manifestó Alexander compungido.

—El ataúd de pino se cerró pasadas las nueve de la noche; después lo enterraron sin ningún familiar que lo reclamara. Los dos hermanos partieron de inmediato a su lujoso ático en la calle Raval, una Barcelona que cada día se esforzaba por mantener su altiva y grata presencia.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, hermano? Después del todo el trabajo que nos costó encontrar un criado tan servicial y discreto...

—De eso te encargarás tú, estoy segura que en la ciudad habrá algún candidato perfecto y, por favor, que sea joven y sin familia.

—Como siempre Alexander, como siempre.

Kaira estuvo deambulando toda la noche por el casco antiguo, las farolas iluminaban su preciosa cabellera negra y sus saltones ojos color esmeralda. Pasadas las tres de la mañana, enfiló la calle Montcada, un joven y bien parecido de ojos pardos tocaba el violín en una de sus esquinas...

—Siempre me ha gustado mucho el Canon de Pachelbel, podrías tocarla de nuevo...

La joven depositó un billete de cincuenta euros en la funda del violín, el violinista sonrió agradecido e interpretó la pieza con supremo brío.

—¿Cómo te llamas? —dijo ella sonriente.

—Mi nombre es Alberto, y llevo solo dos meses en la ciudad.

—Mi nombre es Kaira y estoy buscando a un mayordomo, tal vez a ti podría interesarte un trabajo fijo y bien pagado. ¿Tienes familia?

Él dejó el violín en su funda y dio un paso al frente.

—Soy huérfano desde los diez años, mis padres murieron en un desgraciado accidente de tráfico.

—¿Te interesa el trabajo?

—¡Cómo iba a despreciar un ofrecimiento tan generoso! Además, eres tan guapa...

Ella sonrió resplandeciente.

—Entonces quedamos mañana a las nueve de la noche en esta dirección, y procura ser puntual, mi hermano no se anda con chiquitas.

—Allí estaré como un clavo.

Kaira le entregó una vistosa tarjeta con las señas de su domicilio, luego se despidieron con dos besos en las mejillas. A continuación, la joven se dirigió a su casa con una sonrisa pícaro dibujada en sus labios, Alexander la esperaba despierto como de costumbre...

—¿Qué tal ha ido la noche?

—Esta noche vendrá un posible candidato. Es un chico tan guapo y encantador...

—Supongo que no lo habrás mordido.

—La verdad es que tuve que reprimirme, parecía tan solo y desvalido...

—Ya sabes qué pasa si lo haces, no podemos arriesgarnos a ser descubiertos...

—Descuida Alexander, esta vez voy a comportarme como una buena chica.

Él avanzó unos pasos vestido impecablemente con un traje de felpa negro, sus ojos azules se confundían con el claroscuro del abigarrado salón.

—Eso espero, querida, ¿o es que no te acuerdas lo que sucedió la última vez?

—Pobre Miguel, solo quise regalarle el tesoro de la inmortalidad... Fue tan desleal...

—Y después tuve que matarle yo mismo... Odio ensuciarme las manos con esbirros insignificantes, son tan patéticos...

Kaira se recostó sobre el sofá de cuero rojo, llevaba un elegante vestido transparente de color púrpura, sofisticada y traviesa como pocas.

—Después de que atiendas al candidato creo que necesitaré un poco de sangre fiesta, hace tanto tiempo...

—Ya conoces lo que opino al respecto; no debemos arriesgarnos a ser descubiertos, por eso hemos sobrevivido más de seis siglos.

—Tranquilo Alexander, intentaré elegir a un pobre desvalido.—él suspiró con gesto de desaprobación—. No me mires así, que me asustas.

—Ya será para menos, solo recuerda que no debes exponerte demasiado.

Pasadas las seis de la mañana, el sol comenzaba a asomarse a través del horizonte de la ciudad desnuda. Era el momento justo para introducirse en sus ataúdes acolchados de terciopelo.

Ya por la noche, y cuando los rayos de sol se desvanecían extasiados, salieron de sus refugios para atender al invitado. Justo a las nueve de la noche el timbre sonó repetidamente. Kaira se apresuró a abrir la puerta...

—¡Es un verdadero placer volverte a ver!

—El placer es mío querido Alberto, te presentaré a mi hermano. Ambos se saludaron con gesto distante.

—Así que eres un músico de la calle, ya te habrá dicho mi hermana que estamos buscando a un mayordomo.

—Así es, y creo que no tendré dificultades para hacerme con el papel.

—Ya comprobarás que trabajar para nosotros puede ser estresante, somos muy exigentes...

—No me asustan los retos, y debo decirte que cocino muy bien.

La cocina es lo que menos me preocupa, solo pido discreción y esmero en el cargo.

—Cualidades que, sin duda, tengo.

Alexander lo examinó cuidadosamente con sus ojuelos azules, luego lo invitó a sentarse en el sofá. Kaira hizo lo propio en el butacón colindante.

—Ya habrás notado que somos algo especiales: nos gustan los góticos y somos unos enamorados de todo lo que tenga que ver con los vampiros.

Alberto los observó algo contrariado.

—¿Y qué es exactamente lo que esperan de mí?

—Los dos trabajamos de noche, yo en un club de alterne y mi hermano como vigilante de seguridad, por lo que siempre dormimos de día. Solo te pedimos que nadie nos moleste y que mantengas el piso limpio y sin polvo.

—¿Y nada más?

—Por ahora eso es todo, estarás unas semanas de prueba y después volveremos a hablar; si quieres puedes empezar hoy mismo

—dijo la vampiresa con gesto pícaro.

—Nada me haría más ilusión.

Dicho y hecho, los dos hermanos salieron del piso pasadas las doce de la noche. Entretanto, Alberto quedó recorriendo las espaciosas estancias con singular nerviosismo.

—Recuerda que deben ser pobres y desvalidos, y a ser posible sin familia que los reclame.

—Descuida hermano, ya sabes que puedes confiar en mí.

—Eso espero, hermanita, eso espero.

Kaira se deslizaba sobre la ciudad como un bello lamento lleno de energía y sofisticación. A lo lejos, un extraño vaga-

bundo de mediana edad rebuscaba entre las basuras del barrio gótico.

—Mi nombre es Kaira, señor vagabundo.

Él la miró con gesto desesperado.

—¿No llevará usted algo de dinero encima?

—Más bien venía a ofrecerle un trabajo.

—¿Y de qué se trata?

—Ando buscando un mayordomo... ¿Quizás le interese?

El mendigo puso cara de pocos amigos, al tiempo que sacaba una navaja de su mugrienta gabardina.

—¡Vamos! ¡Deme todo lo que lleve encima!

Ella avanzó unos pasos arrastrando su hipnótica mirada.

—Es una lástima, después que solo quería ser amable con usted...

Ella se abalanzó sobre él como una pantera en celo, luego le torció el cuello y se arrojó a su yugular.

—Sangre fresca y burbujeante, no existe nada mejor —dijo para sí misma con la mirada perdida.

Después de unos minutos y, cuando ya estaba desangrado, lo arrojó con desprecio a la cera y siguió caminando como si nada hubiera pasado.

—Yo que solo quería ser amable... En fin, otro día será —habló en voz baja y silenciosa, mientras iba recorriendo las estrechas callejuelas con extrema rapidez.

Tocadas las cinco de la mañana regresó al ático de la calle Raval. Sus ojos denotaban una profunda excitación.

—No te esperaba tan pronto —observó Alberto con cautela.

—Digamos que hoy ha sido una noche movidita.

—¿Deseas algo para cenar?

—No gracias, ya he comido por el camino. ¿Qué tal tu primera noche?

—Muy tranquila, la verdad es que esta casa parece una tumba.

Ella sonrió con gesto pícaro.

—Nunca mejor dicho, nunca mejor dicho.

—¿Tardará mucho el señor?

—Alexander tiene unos horarios algo descontrolados, pero seguramente estará al caer...

De repente, la puerta se abrió...

—Debe ser él, ve a ver si necesita algo.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Alberto corrió hacia el vestíbulo.

—¿Desea algo el señor? —preguntó desubicado.

—Que no nos molesten hasta que nos levantemos. Tú puedes irte hasta mañana a las nueve.

—Gracias señor.

El mayordomo abandonó el piso a toda prisa, se oía algo raro, aunque no sabía el qué.

—¿Qué tal ha ido la noche hermanita?

—Todo ha salido a pedir de boca.

—¿Y a ti qué tal te ha ido?

—Una noche más bien mediocre: tuve que conformarme con sangre embotellada del hospital del mar.

—Algún día te van a pillar robando... ¿Cómo has podido caer tan bajo?

—Prefiero robar a tener que matar —afirmó con contundencia.

Ambos pasaron a la habitación donde tenían instalados los dos ataúdes, uno al lado del otro.

—Hace tiempo que te has vuelto muy quisquilloso... Total, solamente son mendigos o delincuentes que nadie va a encontrar a faltar.

—Tú poco corazón me conmueve hermanita, deberías ser más precavida.

—Ya sabes que ser una chica buena me aburre muchísimo, el mal es mucho más atractivo y seductor.

—Sin duda que él mal ha ganado la batalla en el mundo desde que tengo uso de memoria, es una lástima que todos los grandes gobernantes sean tan proclives a él.

—El diablo gana y Dios pierde, es la cruel historia de todas las grandes civilizaciones... Guerras, hambrunas e injusticias de

todo tipo han dominado los últimos siglos de nuestra burda existencia.

—Tienes razón hermanita, por eso deberías intentar ser mejor persona.

Kaira se echó a reír, mientras ambos se introducían en sus respectivos ataúdes.

—Eso te lo dejo a ti, hermano; yo prefiero la emoción de todo lo prohibido.

—Si tú lo dices...

A la noche siguiente, Alberto llegó puntual, al tiempo que la vampiresa se despertaba de su dulce sueño envuelta en un camisón de seda transparente.

—¿Qué piensas de mí? —dijo ella con voz seductora.

El suspiró, presa de la excitación del momento.

—Sin duda que eres una chica muy sexi y desconcertante.

—¿Y eso es todo?

—Bueno, todavía no te conozco lo suficiente, pero si sigues acercándote...

—Entonces, ¿me encuentras apetecible?

Alberto la observaba agitado a pocos centímetros de sus carnosos labios, cuando de repente apareció Alexander...

—Vamos querida, deja que Alberto se ocupe de quitar el polvo, ahora no necesitamos de tus juegos amorosos.

—Eres tan aburrido, hermanito... ¡No sé ni cómo aún te soporto!

Ambos se quedaron mirándose fijamente durante unos tensos minutos que se hicieron eternos para el pobre mayordomo.

—Tal vez debería continuar con mis obligaciones... Si me disculpáis...

—Eres tan vulgar y predecible...

—Si tú lo dices, hermanita, pero prefiero ser vulgar a ser una puta.

—No deberías tratarme así, tal vez un día te arrepientas.

—¿Y qué piensas hacer, clavarme una estaca?

—Debería, Alexander, debería, pero no será hoy...

Capítulo 2

John, el caza-vampiros

En una mansión de los profundos y frondosos bosques de Rumanía, John Carpenter se disponía a clavar su última estaca a un no muerto. Temeroso de Dios y tremendamente musculoso, el caza-vampiros de origen inglés hundió la madera sobre el corazón del que creía podía ser el último vampiro de Rumanía.

—Sangre sin coagular, una señal inequívoca.

Robert Sullivan era su ayudante, un joven muchacho reclutado por John sobre el terreno.

—Sin duda, señor Carpenter; solo espero que este haya sido el último, tengo tanto miedo...

—Los vampiros son criaturas del diablo, haces bien en temerlas. El fiel ayudante se abrazó a su mentor.

—¿Y qué vamos a hacer cuando todo esto termine?

—Uno de los vampiros más viejos me advirtió que en Barcelona quedaban dos maestros del antiguo linaje.

—Deben ser muy poderosos.

—Sin duda Robert, pero con ayuda de Dios lograremos darles caza.

—¿Cuándo partimos entonces?

—Mañana mismo cogeremos el primer avión; será una búsqueda intensa porque Barcelona es una ciudad muy grande.

—¿Y por dónde empezaremos?

—Todavía no he pensado en ello, lo primero será ojear todos los periódicos en busca de alguna pista.

—¿Y luego?

—¿Luego? Encomendarse a Dios...

Mientras tanto, Alberto recorría la fría estancia donde se encontraban los dos ataúdes perfectamente cerrados. Su nerviosismo solo era superado por su afán de comprender. Justo pasadas las diez se abrieron las dos tapas a la vez...

—¿Qué haces ahí mirando como un empanado? ¿No tienes otras cosas que hacer?

—Lo siento, señor, iré a la cocina a preparar alguna cosa para cenar...

—No hace falta, Alberto; el señor y yo cenaremos fuera, como siempre...

Kaira bostezó con las pupilas dilatadas, su hermoso cuerpo temblaba como una bella flor azotada por la brisa del verano.

—Entonces bajaré a la bodega a comprar un par de botellas de vodka, las que había ya se han acabado.

—Bien pensado Alberto, tal vez luego quieras deleitarnos con la música tu violín —dijo la vampiresa con aire melancólico.

El servicial mayordomo llegó media hora después con el corazón henchido de temor, luego cogió su violín y se puso a interpretar una vieja canción húngara.

—¿Sabes, querido que estoy muy contenta con nuestro nuevo mayordomo?

—Siempre y cuando prometas no morderlo...

—Pero, ¿por quién me has tomado? Soy una chica tan buena y frágil...

—Ya nos conocemos Kaira, espero que te contengas.

—Quedamos tan pocos, Alexander... Si no expandimos nuestra raza, estamos condenados a desaparecer.

—Ya sabes lo que pienso sobre el tema...

—Tú siempre tan desagradable.

—A propósito, hace mucho tiempo que no tenemos noticias de nuestros parientes de Rumanía... Dicen que allí vive un famoso caza-vampiros.

—Pues que venga si se atreve.

—No tienes al destino, Kaira, hasta ahora hemos vivido muchos siglos sin llamar la atención, no sería un buen momento para comenzar una guerra.

—¿Acaso tienes miedo?

—Tan solo soy precavido, es la base de nuestro éxito.

—Tal vez deberíamos viajar un poco, hace más de cien años que no salimos de esta estresante ciudad.

—¿Y a dónde quieres ir? Ya sabes que viajar siempre representa un riesgo...

—Pero ahora con Alberto estaremos más seguros.

Ambos hermanos, ya vestidos con prendas góticas, se acomodaron en el sofá.

—¿Acaso le has contado algo?

—Por ahora no sabe nada.

—Mejor así, no es momento de asustarle.

Pasada media hora el joven mayordomo dejó de tocar el violín, al tiempo que los dos hermanos lo miraban esbozando una cálida y tierna sonrisa.

—¡Bravísimo Alberto! Ahora nos gustaría saber qué piensas de nosotros.

—La verdad es que todo me resulta muy extraño, a la vez que agradable...

—Nosotros somos así, ya nos irás conociendo. Por lo pronto solo te pedimos lealtad y mucha discreción —dijo Alexander mirando a su hermana.

—Pueden contar con ello, aunque nunca había conocido a unas personas que durmieran en un ataúd.

—Ya te dijimos que somos un par de góticos inofensivos, no tienes por qué temer nada de nosotros —manifestó ella con sus pupilas dilatadas.

—No es temor lo que siento, sino un profundo respeto.

—Mejor así, creo que vamos a llevarnos muy bien...

—Eso mismo pienso yo, señorita Kaira, porque en verdad solo tememos lo que desconocemos.

—Muy bien dicho Alberto... A propósito, ¿no tendrás novia?

—Por el momento soy libre como los pájaros.

Ella sonrió abiertamente mostrando sus transparencias con desparpajo.

—Nosotros tampoco tenemos pareja, más bien vamos picando como abejas en la miel, ¿verdad hermano?

—Nunca mejor dicho querida, nunca mejor dicho.

Pasados unos minutos, Alexander salió de casa rumbo a lo desconocido, mientras que Kaira decidió quedarse un rato más.

—Cuéntame algo más de ti, me siento tan sola...

—Mi vida es un poco aburrida, hoy aquí y mañana allí. Llevo viajando por Europa los últimos diez años sin un rumbo fijo.

—¡Qué envidia me das! A nosotros también nos gusta mucho viajar... Pero, ¡no te quedes ahí parado y siéntate a mi lado!

Alberto se acomodó junto a ella algo intranquilo.

—Tranquilo, Alberto, que yo no muerdo.

—No pensaba en eso, es que las chicas guapas me ponen algo nervioso.

—¿Así que piensas que soy guapa?

—Eres preciosa Kaira, tanto como un amanecer dorado.

—No me digas eso, que me sonrojo...

—No creo que seas la clase de chica que se sonroja por un piropo.

Ella cruzó sus piernas enseñando su ligero de color plateado, su cuerpo estilizado y voluptuoso era una auténtica fiesta para los sentidos.

—¿Y qué clase de chica crees que soy?

—Una muy especial, aunque todavía no te conozca.

—Eso tiene una solución muy fácil, solo tienes que acercarte un poco más.

Él tragó saliva de forma desesperada, temeroso y excitado por partes iguales.

—Ya veo que tendré que ser yo quien se acerque.

Ella se reclinó de rodillas sobre el sofá, al tiempo que lo rodeaba con sus brazos desnudos.

—¿Siempre eres así?

—Solo con los chicos guapos y desvalidos.

Ella acercó sus labios a los suyos y se fundieron en un largo y tórrido beso, mientras el recorría con sus manos toda la extensión su cuerpo. En unos minutos estaban tumbados como dos animales salvajes sobre el sofá.

—Me pones tan caliente como un volcán —declaró la vampiresa con arrobos desmesurados.

Él continuó manoseando sus turgentes y empinados senos, al mismo tiempo que comenzaba a bajarle lentamente el vestido.

—Sigue así, cariño...

—Eres preciosa, Kaira. Preciosa y excitante...

Ambos rodaron por la moqueta completamente desnudos y desenfrenados, mientras Alberto se introducía en su sexo con verdadera furia desatada. Pasada una hora de verdadero frenesí auto-complaciente, ambos dieron por concluido el primer asalto, mientras sus mentes volaban muy cerca del preámbulo de los sueños más húmedos y radiantes.

—Reconozco que has estado muy bien.

—Tú tampoco has estado nada mal, cariño. Me pregunto si te gustaría ser inmortal.

—¿Tengo que responderte ahora?

—Pues no estaría nada mal, querido Alberto, de tu contestación puede depender gran parte de tu futuro.

—A veces me desconciertas, pero sí, me encantaría vivir para siempre.

—¿Aunque no pudieras ver nunca más el sol y tuvieras que alimentarte de sangre humana?

—¿Me estás hablando de convertirme en vampiro?

—¡Bingo! —exclamó ella todavía desnuda, mientras sigilosamente se acercaba por detrás a pocos centímetros de su blanco cuello.

—Pero los vampiros no existen, aunque a vosotros os guste tanto jugar a serlo.

—¿Y tú crees que es un juego? —le susurró al oído.

—Ahora sí que me estás poniendo nervioso.

—Tú solo cierra los ojos y déjate llevar.

El cerró sus párpados confiado, al tiempo que Kaira le mordía en plena yugular.

—Pero... ¿Qué me estás haciendo?

—Darte lo tanto que deseas.

Poco a poco le fue absorbiendo la sangre, mientras él se iba quedando paralizado y sin saber muy bien qué hacer.

—No me puedo creer lo que me está pasando.

Pasados unos tensos minutos, ella dejó de morderle y apartó sus afilados colmillos.

—Ya te acostumbrarás, cariño, dentro de unos días ya serás un verdadero vampiro.

Él se giró de forma impetuosa.

—¿Lo dices en serio?

—¿Acaso tengo cara de broma?

—Entonces, ¿sois un par de vampiros?

—¡Bingo!

—Y, ¿cómo es posible?

Los dos volvieron a recostarse sobre el sofá.

Sucedió hace mucho tiempo en un pequeño pueblecito de Rumanía. Yo era una adolescente que se moría a causa de la leucemia, cuando una noche en el hospital entró un vampiro antiguo y me hizo la misma pregunta que yo te hice. Luego, me regaló su bien más preciado: la inmortalidad. Pasados unos días le hice el mismo regalo a mi hermano.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Eres una auténtica vampira?

—Nunca mejor dicho.

Ambos se estuvieron acariciando toda la noche sin desvelo, al tiempo que la madrugada más honda y arrebatadora entraba de lleno en sus corazones abiertos. Entretanto...

—Barcelona es una ciudad grandiosa, ¿por dónde vamos a empezar?

—No lo sé Robert, tal vez deberíamos echar un vistazo a la prensa local...

Los dos caza-vampiros se alojaban en un céntrico hotel muy cerca de la plaza Cataluña, al mismo tiempo que la noche se iba volviendo cada vez más profunda y ecléctica.

—En este artículo habla de las misteriosas muertes del barrio gótico, tal vez deberíamos empezar por ahí.

—Tienes razón John, si yo fuera vampiro viviría en el casco antiguo de la ciudad, un lugar perfecto para encontrar mendigos y malhechores desamparados.

—Mañana por la mañana podemos darnos una vuelta y preguntar a los vecinos. ¿Quién sabe...? A propósito, ¿te has aprendido ya las múltiples formas que existen para matar a un vampiro?

El ayudante reclinó su cabeza sobre el butacón de la espaciosa habitación doble.

—La única manera de matar a un vampiro es clavarle una estaca en el corazón o directamente cortarles la cabeza y, por supuesto, la exposición prolongada a los rayos del sol.

—¿Y los medios preventivos?

—El crucifijo, los ajos y el agua bendita los ahuyenta.

—Muy bien Robert, veo que te has aplicado.

—Es muy sencillo jefe, solo espero que cuando nos enfrentemos a los vampiros del antiguo linaje nos funcione.

—¿Y sabes en qué se diferencian un vampiro del antiguo linaje con un vampiro temprano?

—Los vampiros tempranos son los que cuentan con menos de quinientos años de existencia, mientras que los del

antiguo linaje son vampiros viejos y por lo menos el doble de fuertes.

—¿Sabes que todavía no nos hemos enfrentado a un vampiro antiguo?

—Lo sé, señor...

—¿Asustado?

—Algo inquieto sí que estoy, aunque con la ayuda de nuestro señor estoy seguro que les daremos caza.

—Será una misión peligrosa y arriesgada, ten en cuenta que los vampiros del antiguo linaje suelen rodearse de numerosos criados y son muy inteligentes e intuitivos.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Que tendremos que andar con pies de plomo y no arriesgarnos hasta que estemos seguros.

Robert bostezó varias veces, había llegado la hora de ir a dormir.

Al día siguiente, se aventuraron por el barrio gótico y preguntaron a numerosos vecinos si habían visto algo extraño, pero desgraciadamente no encontraron ninguna respuesta satisfactoria.

—Parece que va a ser una búsqueda muy larga y agotadora.

—Los vampiros siempre cazan de noche, tendremos que habituarnos a llevar su misma rutina y patrullar al anochecer, estoy seguro que ya han sentido nuestra llegada.

—Entonces esta noche...

—Saldremos por el casco viejo en busca de cualquier indicio, habrá que estar atentos y excepcionalmente precavidos.

Mientras tanto...

*

—¿Y ahora que me va a suceder? Estoy tan asustado...

—Dentro de unas horas saldremos a dar una vuelta y harás tu primera caza. Debes de estar hambriento...

—¿Y tú hermano que opina de todo esto?

—Hablando del papa de Roma...

—Ya veo que no me has hecho ningún caso, ¿verdad hermana?

—Alberto será un mayordomo perfecto, además quería ser inmortal, yo solo he hecho realidad sus deseos.

—Ya veo, hermanita, ahora tendremos que buscar a otro criado que nos cuide por el día, una molestia que podríamos habernos ahorrado...

—No te preocupes Alexander, yo me ocuparé de todo.

—Eso espero, y procura no volver a convertir a nadie más, o tendré que matarle yo mismo.

Alberto miraba a los dos hermanos con un profundo temor y respeto.

—No le hagas caso, querido, siempre está refunfuñando, es su manera de ser.

—Pero, yo no quiero matar a nadie...

—Yo lo haré por ti, no quieras morirte de hambre, ¿verdad?

Alexander se acercó hacia el mayordomo converso.

—Puedes alimentarme de sangre embotellada de los hospitales, yo hace años que lo vengo haciendo y aquí me tienes.

—Eso es una vergüenza para nuestra especie, y ya sabes lo que opino al respecto...

—De momento prefiero no matar a nadie, aunque noto cómo mi cuerpo me pide sangre fresca.

—Lo dicho, esta noche saldremos en busca de algún pobre diablo que nos alimente, nunca mejor dicho...

Justo a la media noche, Kaira y Alberto caminaban a través de las estrechas callejuelas del casco antiguo de Barcelona; sus ojos dilatados denotaban una profunda sed de sangre humana.

—¿Qué es lo que buscamos exactamente?

—Mendigos, delincuentes o sin techo: cualquier persona a la que nadie encuentre a faltar, y recuerda que no debemos arriesgarlos más de lo necesario.

*

Deambulando como dos apariciones espectrales, los dos vampiros escudriñaban cualquier rincón sospechoso. Pasadas las dos de la mañana, los caza-vampiros salieron a patrullar las calles dispuestos a todo.

—Allí hay una pareja que ya nos hemos encontrado varias veces, parece que no dejan de mirar hacia todas partes.

—Vamos a seguirles con cuidado, a ver qué es lo que hacen.

Ambos guardaron distancia y se aventuraron hacia una persecución descontrolada, mientras los dos vampiros continuaban caminando sin sospechar nada.

—¿Crees que nos habrán visto?

—No lo creo, pero tenemos que mantenernos siempre a cierta distancia.

Tras atravesar varios callejones desiertos, Kaira y Alberto otearon un par de mendigos que rebuscaban entre las basuras.

—Esta es nuestra oportunidad... ¿Tú cual prefieres?

—Ya te he dicho que no pienso matar a nadie.

—Entonces lo haré yo misma —respondió con los ojos encendidos como dos antorchas.

Pocos instantes después, se abalanzó sobre ellos como una exhalación y de un plumazo les rasgó las yugulares con sus largas uñas.

—¡Vamos! ¡Bebe un poco de sangre, que todavía está fresca!

Él la hizo caso y clavó sus incipientes colmillos sobre el cuello del más alto, mientras la vampiresa hacía lo propio con el más bajito.

—Esta rica, ¿verdad?

—Tenía tanta sed... Pero no me gusta nada.

Ella lo miró como una fierecilla salvaje.

—Cuanto antes te acostumbres a tu nuevo estado, mucho mejor.

—Si tú lo dices...

En el mismo lapso de tiempo...

*

—¿Has visto lo que han hecho? Sin duda se trata de ellos.

—Vamos a continuar tras ellos, ahora solo tenemos que localizar su nido y esperar a que amanezca.

—¿Y por qué no actuamos ahora mismo?

—No tendríamos ninguna oportunidad, recuerda que seguramente son vampiros del antiguo linaje, al menos ella.

Algo más calmados, los dos caza-vampiros siguieron a la pareja hasta el portal de su casa, luego regresaron al hotel para dormir unas cuantas horas. Ya por la mañana y con todas las persianas convenientemente bajadas, Kaira descolgó su móvil y puso un anuncio instantáneo en la prensa local.

—Espero que esta vez el mayordomo nos dure más de dos días, recuerda que tenemos que encontrar a alguien de confianza que nos cuide durante las horas diurnas.

—Descuida, hermanito, esta vez me comportaré como una chica buena y aplicada.

—Eso espero... Y, ¿qué tal vuestra primera noche?

—Todo ha transcurrido según lo esperado, Alberto ha hincado el diente a su primera presa.

—Que tú te encargaste de matar previamente, ¿no es cierto?

—Evidentemente, pero ya le he dicho que la próxima vez tiene que espabilarse él solito.

—¿Y tú qué opinas, Alberto? ¿Te ves con valor?

—No lo sé, señor Alexander, tendré que meditarlo en los próximos días...

—Menos meditación y más acción, ¿no querrás convertirte en un mojigato como mi querido hermanito?

—Déjame respirar, Kaira, déjame respirar...

—Si puedes respirar tanto cómo quieras, ya veremos qué haces cuando te apriete la sed.

Pasadas varias horas, los vampiros se acostaron en los ataúdes, mientras que Alberto se recostó sobre el sofá. Justo en el mismo instante, los dos caza-vampiros se levantaron de sus camas y bajaron a desayunar al comedor del hotel...

—Vamos a echar un vistazo a la prensa del día, me huele que el destino nos servirá una ingeniosa solución.

—En las necrológicas no viene nada, vamos a ojear la sección de anuncios...